

Guerras Literarias
Antonio Gómez Rufo
DIARIO 16. 26 Enero

En los últimos años se venía presintiendo algo raro entre editores, autores y suplementos literarios. La literatura, que consiste en escribir un libro de calidad, se estaba convirtiendo en un circo donde podía actuar cualquiera. Todos los famosos escribieron su libro, menos Ana Rosa Quintana. Las editoriales les "ayudaban" con "negros", y el comprador llegó a confundir "Tómbola" con la mesa de novedades de una librería. Un gran negocio para todos menos para la literatura.

Los editores, sin duda avergonzados, entraban y salían de sus puestos de trabajo en una rotación desconcertante. Y los verdaderos escritores, los creadores, se veían obligados a compartir caseta en la Feria del Libro con un futbolista, un adivino o una puta, de igual a igual; y no son lo mismo, aunque pudiera parecerlo.

Los suplementos literarios de los más influyentes periódicos, por su parte, estaban tan sesgados como el mercado del libro. Sesgados en sus opiniones y sectarios en sus decisiones. Y con tal mezcla explosiva, cualquiera podía encender la mecha y que todo saltase por los aires.

La mecha se encendió con el plagio más conocido del año, pero la brisa del negocio, otra vez, amenazaba apagarlo. Hasta que Goytisolo se atrevió a desafiar a todos, incluyendo a su propio grupo, y el procedimiento de concesión del premio Cervantes se encargó de poner en el punto de mira la honestidad de los poderes literarios y el entramado general de política, críticos, autores y editoriales.

Me temo que la guerra literaria no ha hecho nada más que empezar. Lo que no se sabe es quiénes son los buenos ni quién ganará. Por mi parte, lo único que deseo es que el circo siga siendo circo y la Literatura, literatura. Que nadie saque entradas para una cosa y se encuentre ante la otra.